
campo plural de estudios sobre el pensamiento español, de facto ha predominado una historiografía progresista, centrada en la contemporaneidad, que reduce la filosofía a la cultura, concibe ésta como ideología y la busca en todos sus ámbitos, en especial en nuestra literatura de ideas. Así la historia de la filosofía española se ha institucionalizado de manera dislocada de la Historia de la Filosofía sin más, y un tanto devaluada con respecto a la misma. Tal vez esta historiografía se ha tomado demasiadas libertades frente a la filosofía española -una tradición filosófica ni se encuentra, ni se puede construir desde la literatura-, y frente al hecho paradójico de que parece haberse convertido en un pensamiento ajeno. ¿Cómo va a ser libre una sociedad vieja que carece de tradiciones filosóficas contemporáneas? ¿Cómo podrá ésta reconstruirlas sin conectarlas con su propia vida histórica?

El historiador de la filosofía española ha de estar atento a las tendencias tradicionales de la filosofía en español capaces de cimentar nuestra ciudadanía libre en el mundo global, pues la reconstrucción de estas tradiciones de pensamiento es a mi juicio el sentido de nuestra historiografía filosófica.

: 17.11.2016

Received: 17.11.2016

Summary

Bolado G. Paradoxes of Freedom in Contemporary Spanish Philosophy. *The liberal tendency incorporated in Spain by influence of the French Enlightenment produced in contemporary Spanish thought (19th and 20th centuries) an inverted dialectic between tradition and modernity, of which are figures what we call in this work paradoxes of freedom. The receptions of modern philosophy that were ruptures with the own tradition generated its rejection by the reaction of this one and they settled like mere fashions of thought. Keywords: Spanish philosophy, paradox, Enlightenment, dialectic.*

УДК 101

© **Jesús M. Díaz Álvarez**
UNED – Madrid (España)
jdiaz@fsf.uned.es

ALGUNAS REFLEXIONES ORTEGUIANAS SOBRE ESPAÑA CIEN AÑOS DESPUÉS¹

El autor discute la actualidad de la propuesta orteguiana en Vieja y nueva política, y revisa algunas de sus categorías más problemáticas, como “nacionalización” o “élites y masas”. Cada época tiene sus clásicos y estos son en buena medida aquellos autores que conectan mejor con la sensibilidad y las creencias del tiempo, las cuales son muchas veces incompatibles y hasta incommensurables con las de otra. Desde este punto de vista, el trabajo defiende que la filosofía práctica de Ortega y especialmente su reflexión sobre España son de rabiosa actualidad en el presente.

En los días pasados, dándole vueltas a aquello que quería contar en esta breve intervención para dar pie al diálogo posterior, me topé con la dificultad de tener que elegir solo alguno de los numerosos hilos de la variada, compleja y casi siempre lúcida reflexión de Ortega sobre lo político. Alguien podría decir que eso no debería sorprendernos. Ortega es mayoritariamente un filósofo de la acción, de la praxis, un pensador que codifica su peculiar filosofía primera desde la idea de vida como proyecto, como recreación y descubrimiento de la identidad individual y colectiva, y, en ese sentido, no podría, desde sus mismos presupuestos filosóficos, y dado el tiempo que le tocó vivir, dejar de abordar los asuntos cruciales que tienen que ver con la política.

Ciertamente esto es así, pero también podría darse la circunstancia de que, aceptando, y yo lo hago, esa caracterización de Ortega como filósofo de la acción, sus textos fueran poco interesantes para los individuos del siglo XXI. El propio pensador madrileño nos enseñó que todas las épocas históricas no son compatibles entre sí, que la *sensibilidad* que preside un tiempo determinado es en muchos casos

¹ Este texto fue leído el 9 de julio de 2014 en el curso de verano celebrado en El Escorial bajo el título, *Ortega y Gasset: Liberalismo, Nacionalismo, Autonomismo y Federalismo (En el centenario de la generación de 1914)*.

inconmensurable con la de otro, que la historia es una sucesión de sistemas de creencias que nacen y mueren, marcando para aquellos que las viven perfiles, problemas e intereses diversos muchas veces escasamente conciliables.

Eso quizás explique, en parte, por qué decaen y son ignorados ciertos autores de gran relevancia en un período determinado, incluso pasados unos pocos años, y otros, ampliamente olvidados, resurgen en momentos que parecen serles más afines. Por ejemplo, Max Scheler, de especial importancia para comprender la obra de Ortega, pasó de ser una de las vedettes filosóficas mundiales a una marginalidad creciente. Su pensamiento profundamente antiliberal, su organicismo comunitario, su peculiar y en algunos momentos exacerbado catolicismo y su radical antipluralismo dejaron de encajar en el mundo posterior a la segunda guerra mundial. Sin embargo, ha experimentado un cierto *revival* desde hace unos años de la mano de ciertas críticas comunitaristas al liberalismo.

El mismo Ortega sufrió ampliamente la inactualidad de su pensamiento primero en el franquismo y más tarde en la universidad que transitó de la dictadura a la democracia. Las razones son complejas y variadas y ahora no puedo entrar en algunas de ellas, pero usando un pincel de trazo grueso creo que no es muy desacertado afirmar que en esos dos momentos clave de nuestra historia reciente el proyecto filosófico y político de nuestro pensador encajaba escasamente con la sensibilidad mayoritaria de la cultura franquista o con las aspiraciones intelectuales y políticas de los jóvenes aprendices de filósofos de los 60 que enseñaron a estudiantes de finales de los 80 como yo que Ortega era, en el mejor de los casos, un buen periodista y ensayista brillante de circunstancia, pero no un pensador *comme il faut*, alguien que realmente fuera a decirnos cosas interesantes que nos ayudaran a entendernos a nosotros mismos y al tiempo que nos había tocado vivir.

Vista desde hoy y con algo de distancia, me parece que empieza a existir ya un cierto consenso sobre el profundo desgaste de esa lectura. El país ha cambiado y parece que una parte importante de sus pensadores, intelectuales y público culto en general ha vuelto a conectar con Ortega. Aunque estamos lejos de una normalización completa de su filosofía, vuelve a ser ampliamente citado de modo no vergonzante y estudiado con interés por los intelectuales de la derecha y la izquierda. Es más, y centrándonos en el ámbito de la reflexión política que protagoniza este curso, no son pocos los que comienzan a considerarlo una cifra interpretativa esencial de nuestra historia reciente y, en esa medida, un autor imprescindible para comprender nuestro presente. Y es que Ortega reflexionó ampliamente desde la filosofía sobre algunos de los problemas más acuciantes de España y Europa: la crisis de la política y los males de la democracia en una cultura dominada por el humano masa; la grandeza y miseria del liberalismo; la importancia y los problemas del socialismo; los peligros del particularísimo y de lo que hoy llamaríamos nacionalismo excluyente, pero también de las quimeras utópicas de un universalismo abstracto que desculturaliza y deshistoriza a los miembros de una comunidad, etc. Tan amplia ha sido su reflexión sobre la esfera de lo político, que podemos decir sin demasiado temor a equivocarnos que no hay un gran tema de la filosofía política contemporánea que no haya sido tocado de alguna y otra forma y con soltura por nuestro pensador. Y lo bueno para nosotros es que lo hace, como sostiene él, desde esta esquina de Europa, es decir, teniendo en cuenta la historia y perspectiva española. Eso, acompañado de un estilo brillante y un excepcional dominio de la escritura que sabe realmente cómo impactar en el lector, hace que sus textos, después de pasar una larga travesía del desierto, hayan cobrado de nuevo una excepcional relevancia e interés al destilar una serie de ideas que han vuelto a conectar con la sensibilidad presente, dando numerosas y provocativas claves sobre cómo y por qué nuestro mundo ha llegado a ser el que es y qué podríamos hacer para cambiarlo. Yo me voy a fijar solamente en un ramillete de ellas, en aquellas que se constelan alrededor de su distinción entre *Vieja y Nueva política*, teniendo especialmente presente las resonancias que semejante distinción puede provocar en un lector actual.

Como el título de la mesa es “Reflexiones orteguianas para el mundo de hoy”, voy a aprovecharme de la ambigüedad de la enunciación. Mis reflexiones “orteguianas” se basarán, por supuesto, en las tesis del filósofo, pero siguiendo la senda de la hermenéutica contemporánea, habrá igualmente una clara apropiación de las mismas, es decir, una lectura particular que quizá las lleve por derroteros que extrañarían al propio autor y que seguro que no compartiría del todo.

Cuando uno relee desde el tiempo presente *Vieja y nueva política*, la famosa conferencia pronunciada en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914 y que en su momento sirvió como manifiesto político de su generación, no puede menos que sorprenderse por la actualidad de un texto

escrito hace 100 años. También le invade un cierto sentimiento melancólico al ver que algunos problemas con los que se enfrentaba el país por entonces siguen más vivos que nunca, a pesar de que sería muy injusto no reconocer los enormes avances realizados en el período democrático reciente.

Y entrando ya en materia, ¿cuál es el asunto principal del que habla *Vieja y nueva política*? Pues ni más ni menos que de lo que hoy genérica y vagamente denominamos “la crisis de la política”, es decir, la incapacidad creciente de los actores sociales y políticos oficiales, así como de las instituciones que encarnan, para conectar con la opinión pública y sus demandas. Dice Ortega retratando la situación de España en 1914: “No se trata de que un gobierno se haya apartado en un asunto transitorio de legislación o de ejercicio autoritario de la opinión pública, no; es que los partidos íntegros de que esos gobiernos salieron y salen, es que el Parlamento entero, es que todas aquellas Corporaciones sobre que influye o es directamente influido el mundo de los políticos, más aun, los periódicos mismos, que son como los aparatos productores del ambiente que ese mundo respira, todo ello, de la derecha a la izquierda, de arriba a abajo, está situado fuera y aparte de las corrientes centrales del alma española actual. [Y un poco más adelante] Lo que afirmo es que todos esos organismos de nuestra sociedad —que van del parlamento al periódico y de la escuela rural a la universidad—, todo eso que, aunándolo en un nombre, llamaremos la España oficial, es el inmenso esqueleto de un organismo evaporado, desvanecido, que queda en pie por el equilibrio material de su mole, como dicen que después de muertos continúan en pie los elefantes”.

Esa España oficial a la que el pensador madrileño dirige tan duras palabras es, de todos es conocido, la España de la Restauración, un período sometido hoy a una amplia revisión histórica, pero del que parece difícil negar su enorme corrupción, su cierta propensión al autoritarismo, la incapacidad para abordar de verdad problemas cruciales como la reforma agraria o su instalación en la mentira electoral mediante el turno de los partidos políticos. Y lo interesante de ese fragmento, más allá de las posibles exageraciones y las matizaciones legítimas que hoy se le puedan hacer, es la autopercepción de los contemporáneos de ese régimen de estar instalados en una ficción, en una fantasmagoría, como le gustaba decir a Ortega, en la que las élites del sistema en su conjunto habrían terminado por crear un mundo paralelo desconectado de los ciudadanos y de las realidades que vivían. Ese era precisamente el gran problema, la interrupción de la necesaria ósmosis entre la sociedad y quienes se encontraban en sus instituciones más representativas a todos los niveles. Un problema que se agravaba en una nación, la española, cuya sociedad civil era casi inexistente y en donde los partidos políticos habían tendido a suplantarla en todos los órdenes. Ese sistema de partidos acabó entonces por crear, incluso de modo sincero, que todo marchaba razonablemente bien, y se sorprendió cuando comenzó a emerger el malestar social, al que terminó tratando como un mero asunto de orden público. Pero la realidad, dice Ortega en su texto, es tozuda; no se puede gobernar permanentemente contra la opinión pública o sin tenerla en cuenta, no se puede vivir constantemente *de y en* las propias ficciones sin pagar un alto precio. Por eso, a pesar de todo el poder institucional del que gozaba el régimen de la Restauración, el sistema iba camino del desmoronamiento, del colapso, pero de un colapso o desmoronamiento que se producía desde dentro. Vuelvo a citar a Ortega: “Los partidos tienen a su clientela en los altos puestos administrativos, gubernativos, pseudotécnicos, inundando los Consejos de administración de todas las grandes Compañías, usufructuando todo lo que en España hay de instrumento de Estado. Todavía más, esos partidos encuentran en la mejor prensa los más amplios y más fieles resonadores. ¿Qué les falta? Todo lo que en España hay de propiamente público, de estructura social, está en sus manos y, sin embargo, ¿qué ocurre?.. Ocurre que no pueden vivir... Los partidos viejos no necesitan que vengan nuevos enemigos a romperles, sino que ellos mismos, abandonados a sí mismos, aun dentro de su vida convencional, no tienen los elementos necesarios para poder ir tirando. ¿Veis como esta España se derrumba por sí misma? Lo mismo podría decirse de todas las demás estructuras sociales que conviven con esos partidos: de los periódicos, de las Academias, de los Ministerios, de las Universidades, etcétera, etcétera. No hay ninguno de ellos hoy en España que sea respetado... La España oficial consiste, pues, en una especie de partidos fantasmas que defienden los fantasmas de unas ideas y que, apoyados por las sombras de unos periódicos, hacen marchar unos ministerios de alucinación... [y su conclusión es]: toda una España —con sus gobernantes y gobernados—, con sus abusos y sus usos, está acabando de morir”.

Trasladémonos ahora de 1914, fecha en la que, como sabemos, fue escrita *Vieja y nueva política*, al momento presente. ¿No resuenan bastantes de los males descritos por Ortega en aquella época muy actuales, y no me refiero sólo a los de la corrupción? ¿No hay un descrédito bastante generalizado de los

partidos políticos tradicionales, tanto a la derecha como a la izquierda? ¿No está una gran parte de la prensa en horas bajas por entender los ciudadanos que en vez de una fiable y plural fuente de información y debate se ha convertido mayoritariamente en una mera correa de transmisión de los partidos? Si un marciano viniera a la tierra y leyera *El Mundo*, *ABC*, *La Razón*, *La Vanguardia*, *La voz de Galicia*, *El País* o *Infolibre*, ¿no sacaría en conclusión que tales periódicos describen universos paralelos o que sus lectores son un conjunto de seres con amplios problemas de esquizofrenia? ¿No seguimos teniendo una sociedad civil demasiado débil y colonizada por organismos vinculados a la política oficial? ¿No hay también un amplio descrédito de las instituciones culturales, empezando por nuestras universidades, siempre puestas en cuestión curiosamente por el ministerio que debería velar por su excelencia? ¿Y qué decir de nuestras Corporaciones o Empresas, sobre todo las grandes, así como de los bancos, prestos a hacer hincapié día sí día no en sus códigos de buenas prácticas, ampliamente desmentidos por la realidad, y dispuestos a rivalizar en la “compra” de las agendas de antiguos presidentes y ministros en general? Y por fin, ¿no tenemos también hoy, por lo menos entre lo que podría denominarse, siguiendo al propio autor, la “España joven”, una sensación de fin de ciclo, de cambio de sensibilidad, de necesidad de renovar nuestra democracia? , ¿y no hay también una gran resistencia al cambio por parte de los partidos políticos y sus instituciones colaterales? En suma, ¿no está más presente que nunca en la cabeza y el corazón de muchos de nosotros esa diferencia entre la España oficial y la España vital, entre la Vieja política, los viejos usos, y las ansias de que emerja una nueva forma de hacerla que conecte de nuevo al ciudadano con sus representantes?

Soy consciente de que cuando uno realiza extrapolaciones históricas de un siglo, de 1914 a 2014, corre amplios riesgos interpretativos. La distancia es mucha y el país, ya lo he dicho, ha cambiado, tras la negra y triste dictadura franquista, para bien. Y sin embargo...

Además el propio autor del texto que ahora me ocupa, nos enseñó, y él también practicó, la necesidad de realizar en filosofía, y en toda labor intelectual que se precie, hipótesis de trabajo arriesgadas. Sólo saliéndonos de la cuadratura establecida, de los caminos ya trillados, podremos decir algo que quizá sea interesante. Me parece, además, que el “y sin embargo...” dicho hace un momento tiene un razonable peso argumental. No se trata de hacer de Ortega un representante del *15 M* o de *Podemos*, pero tengo la impresión, y esto es desde luego una pura especulación por mi parte, de que prestaría a tales fenómenos, seguro que desde el desacuerdo en los proyectos y las soluciones que proponen, la atención y el respeto que se merecen como clara manifestación extrema de un cambio de sensibilidad en la sociedad Española. No hay que olvidar que, tal y como hemos visto, el Ortega del 14 le estaba diciendo de algún modo a las cortes generales de su época y al mundo que ellas encarnaban: “no nos representan”.

Pero vayamos ahora, muy a vuela pluma, del diagnóstico y retrato de la situación de 1914, y su paralelismo con la de 2014, a la solución que proponía Ortega para superar con bien los males de España y veamos sus posibles virtualidades y opacidades hoy.

A la altura 1914 Ortega entiende que la misión de su generación es lanzar un nuevo proyecto de país que debería servir para salir del marasmo y la atonía vital en la que se encontraba el enfermo. Tal proyecto lo denominó, genéricamente, nueva política. La mencionada nueva política no era en ningún caso, ni primariamente un intento de conquistar el gobierno para hacer una reforma desde arriba, al margen de los españoles. Eso es lo que había sido, en el mejor de los casos, la Restauración, con los resultados ya conocidos. No, se trataba de poner en forma el país revitalizando la sociedad civil, es decir, promoviendo la libre espontaneidad creativa de los ciudadanos, y educando al pueblo desde una nueva actitud histórica que sabe que una democracia sólo puede funcionar correctamente si cuenta con una opinión pública bien temperada que esté en sintonía con sus instituciones. Es decir, la ya mencionada y necesaria ósmosis entre Estado y sistema político —con sus partidos— y los ciudadanos quebrada en la Restauración.

Ese carácter constituyente de un nuevo modo de hacer política, la necesidad de un nuevo gran pacto entre los españoles que ponga el estado a su servicio debería estar presidido, según Ortega, por los ideales de justicia y eficacia. Por eso el texto es una gran llamada a los nuevos profesionales de la sociedad del momento, a los médicos, economistas, ingenieros, profesores, poetas o industriales de la nueva generación. Ellos estarían destinados a romper “la incompetencia estructural de España”, a modernizar la nación, pero siempre, y eso es crucial, bajo parámetros de justicia. Ortega caracterizará a ese proyecto político como liberal, aunque hoy habría que avecindarlo más bien a un tipo peculiar de liberalismo socialista, pues “incluye en sí, naturalmente, todos los principios del socialismo y del sindicalismo en lo que estos tienen de no negativos, sino de constructores”. Los reparos de la última frase se explican porque una de las cosas que

más teme del socialismo el autor del ensayo es, a parte de su propensión al estatismo, su internacionalismo, doctrina que le parece utópica en el mal sentido de la palabra, pues la vida de los humanos siempre se da en una circunstancia, en una historia y una tradición que cambia y evoluciona, ciertamente, pero marca claramente los perfiles de la comunidad, sus problemas y soluciones.

En este sentido, el proyecto, llamémoslo así, liberal socialista del Ortega de 1914, y esto es algo que será constante en su reflexión política sobre España, es también esencialmente un proyecto nacional y nacionalizador frente a uno de los grandes males que nos aquejaban por aquel entonces, el particularísimo, que no sólo afectaba a los nacionalismos excluyentes, sino a amplias capas de la población —desde los empresarios a los religiosos dirá el pensador—, que terminan haciendo la guerra por su cuenta y confundiendo la parte con el todo, es decir, sus ideas sobre la nación, el trabajo, la moral o la creencia en Dios, con la de la totalidad de los españoles, lo que no ocasiona otra cosa que conflicto, discordia, fragmentación y disolución de cualquier proyecto viable de país. Se trataría, entonces, y entiéndase bien la metáfora, de hacer con ese socialismo liberal una especie *melting pot* español que vertebrara las tendencias centrifugas de la nación a todos los niveles en un proyecto realizable y atractivo para sus participantes.

Hasta aquí el retrato comprimido, pero creo que no del todo infiel, de la propuesta de solución orteguiana a los males de España en 1914. ¿Podemos aprovechar algo de la misma en 2014? Eso es lo que me gustaría discutir con mis compañeros de mesa y con todos ustedes. Adelanto dos reflexiones que quizá consideren que merezca la pena debatir:

I. Creo que una de las partes que peor ha envejecido del proyecto de 1914, parte que se mantendrá e incluso se exacerbará con el paso del tiempo, no tiene que ver con su amalgama peculiar entre liberalismo y socialismo, sostenida hoy por muchos, sino con la idea nacionalizadora que está detrás de la misma y la forma en que está articulada. Es verdad que nacionalizar significa en Ortega, al menos en la teoría, lo contrario del nacionalismo. Nacionalizar es integrar, vertebrar aquello que está desunido. En este sentido, la nacionalización sería el instrumento para llegar a un gran acuerdo y no habría nada que objetar, aunque la palabra quizá no sea la más adecuada hoy en día. El problema, tal y como yo lo veo, son las bases sobre las que debería producirse esa integración de lo dispar que fragua en proyecto común. Y en este punto Ortega no hablará sólo de liberalismo y socialismo o de cierta historia compartida, sino que en bastantes ocasiones se referirá a España en términos cuasi organicistas, schelerianos, como si existiera algo así como un “fondo insobornable” de lo español, una “energía profunda histórica de que vive todo estado y toda ley porque ella lo alimenta, lo lleva y lo dirige constantemente”, “una unidad nacional incondicional y previa”, un alma de España que significativamente sería el “núcleo metafísico” último sobre el que descansaría su rechazo del modelo federal en los dos discursos que pronuncia en las Cortes sobre el Estatuto Catalán. Desde esos presupuestos, siempre altamente castellanocéntricos, es difícil que las otras sensibilidades nacionales que habitan el país y que están ahí para quedarse puedan encontrar acomodo.

II. La otra parte del proyecto que me parece problemática en 2014 tiene que ver con la forma en que Ortega entiende la construcción de la osmosis necesaria entre opinión pública e instituciones políticas. Creo que su teoría de las masas y las minorías, presente en este texto y que alcanzará posteriormente un desarrollo más pleno, lastra grandemente la arquitectura del proyecto y las posibilidades de una democracia más participativa, que es lo que hoy se reclama, al asumir como presupuesto último que la masa no tiene una verdadera capacidad para el juicio político. Por decirlo de otra manera, la categoría de masa expulsa de alguna forma en Ortega a la de ciudadano, y eso le hará sospechar de cualquier modelo democrático que de un protagonismo más directo a los ciudadanos en detrimento de la autonomía de sus representantes.

Termino ya. Al inicio de esta intervención, y antes de entrar en materia, hice un pequeño excursus sobre la actualidad e inactualidad del pensamiento de los filósofos, sobre por qué algunos de ellos parecen estar en plena vigencia en un momento histórico determinado y decaen irremisiblemente en otro. Apuntaba yo entonces la idea de que no es descabellado pensar que cada época tiene sus clásicos y que quienes sean estos en cada momento puede depender en buena medida de su capacidad para conectar o no con las creencias del tiempo, con la sensibilidad de una época que muchas veces es incompatible y hasta inconmensurable con la de otra. Pues bien, en los minutos precedentes espero haber mostrado con algo de eficacia que Ortega es un pensador de rabiosa actualidad en la España presente. Y como decía un viejo y querido maestro, Javier Muguerza, en nuestro país tenemos a veces una cierta tendencia no a ser cosmopolitas, sino cosmopaleos. Olvidar hoy a Ortega en la reflexión política que se hace desde este rincón del mundo que nos ha tocado en suerte habitar no puede recibir apelativo más exacto.

: 28.11.2016

Received: 28.11.2016

Summary

Díaz Álvarez J. M. *Some Orteguian Reflections on Spain: Hundred Years after*. The author discusses the relevance of Ortega's proposal in *Vieja y nueva política*, and reviews some of his most problematic categories, such as "nationalization" or "elites and masses". Each period has its classics and these are largely those authors who connect better with the sensitivity and beliefs of time, which are often incompatible and even incommensurable with those of another. From this point of view, the work argues that the practical philosophy of Ortega and especially his reflection on Spain are really actual nowadays. **Keywords:** Ortega y Gasset, reflection, Spanish philosophy.

УДК 101

© Jesús Ramírez Voss
UNED – Madrid (España)
jramirez@invi.uned.es

ORTEGA Y EL PROBLEMA DE LA INTUICIÓN. LA EFICACIA DEL INTUICIONISMO EN LA ESCUELA DE MADRID

Resulta un hecho historiográficamente probado la decisiva influencia de la filosofía fenomenológica tanto en Ortega como Zubiri; un hecho comprobado y reconocido además por ellos mismos en diferentes ocasiones y en distintas etapas de su desarrollo intelectual. Junto con Ortega y con Zubiri podemos añadir igualmente a Manuel García Morente, a José Gaos, a María Zambrano o a Julián Marías. Todos ellos conforman la, así llamada, Escuela de Madrid. Consecuentemente, mi interés ha sido el de investigar hasta qué punto este principio de todos los principios que es la intuición fenomenológica fue o no aceptado por todos, con qué alcance y para qué ámbito de conocimiento. De la misma manera que Ortega a principios del siglo pasado, me daría por satisfecho si lograra iniciar entre nosotros la discusión de este asunto: la influencia del intuicionismo en la Escuela de Madrid, con el deseo de que ofrezca un novedoso tema de investigación, nuevo objeto de crítica y discusión. **Palabras clave:** Ortega, intuicionismo, Brouwer, fenomenología, Zubiri, Zambrano.

§1

Un nuevo principio

En el año trece, 1913, Ortega leyó un breve "*Discurso de Apertura*"¹ como inicio de unas Jornadas en la *Asociación Española para el progreso de las ciencias*. En este Discurso puede leerse lo siguiente²:

"Muy varias y hondas son las discusiones que motiva este nuevo principio de la intuición, establecido por Husserl. Su misma novedad hace que todavía no se vean bien claros sus límites y su constitución. Yo me contento con iniciar entre nosotros el tema con el deseo de que ofrezca materia a la polémica en las asambleas de años posteriores.

Tal vez se abre con el principio de la intuición una nueva época de la Filosofía".

El término filosófico *intuición* es uno de esos conceptos que nuestra tradición ha sobrecargado de significados diferentes, muchas veces contrarios o incompatibles unos con otros. De modo muy general, este vocablo se emplea para describir una visión directa e inmediata de una realidad o de una verdad sin la intervención o la ayuda de ningún elemento previo o intermediario entre la visión y lo visto. Así, lo más frecuente ha sido contraponer el pensamiento intuitivo, *ν ησις* al pensamiento lógico-discursivo, *δι'νοια*, o dicho de otra manera, contraponer la simplicidad iluminadora de la intuición a la complejidad formal de la deducción. El transcurso de la Historia de la Filosofía podemos encontrar convencidos intuicionistas como Platón, como Descartes o como Schelling o Bergson frente a decididos logicistas como Aristóteles, Leibniz o Bertrand Russell. Los primeros comparten la certeza de que la intuición resulta el modo más adecuado de conocimiento y los segundos la crítica de que la

¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras Completas*. Editorial Taurus Fundación Ortega y Gasset. Madrid.2005.Citamos como OC seguido del volumen y página de esta edición. OC I 334 y OCI, 642-652.

² OCI, 652